tera lucidez que estaba segurísimo de caer muerto antes de llegar á ellas.

Ya había dado su adiós al mundo y á la vida, cuando tropezaron sus ojos con una calabaza, que le sugirió una idea. Tuvo fuerza todavía para cogerla, abrirla, echar agua y hacer hervir en ella no sé qué medicina, beberla—y esto le salvó. Recuerda otros momentos en que, habiéndose quedado solo, y habiendo perdido el camino, de noche, en medio de una soledad absoluta, cansado, hambriento, sin voz, sin esperanza, se dejó caer á tierra diciendo:—¡Se acabó, aquí moriré! ¡Adiós á todos! ¡Adiós á todo!—Pero siempre sentía en buena hora una voz del alma, la voz de otro Piaggia, siempre á su lado, siempre más fuerte y más atrevido que él, que le decía:—¡Animo! ¡Mientras dure la vida hay esperanza! ¡Levántate y combate! Y entonces se levantaba, tambaleándose, y se ponía en camino, confiando en Dios y en su valor.

*
* *

A pesar de estos recuerdos, y no obstante sus cincuenta años, su corazón mira siempre á Africa, fiel á la grande y terrible amante que devoró su juventud y gastó su edad madura. En todos los ratos de ocio, y frecuentemente en compañía de sus amigos, de repente se pone pensativo y fija recta su mirada, con los ojos entreabiertos, sin percibir lo que tiene delante, y como si soñase. En aquellos momentos—él mismo lo dice—reproduce en su fantasía los horizontes inmensos iluminados por el fuego del sol poniente, las sublimes auroras de las grandes soledades, los valles misteriosos poblados de rugidos, las selvas interminables donde se oye el pisar lejano de los elefantes, y se ven colgando de los árboles los girones de los vestidos de los cazadores arremolinados entre las ramas por los proboscídeos furiosos, los bellos montes de la Abisinia coronados de gigantescos abetos y de euforbiáceas de forma de enormes candelabros, el lago Tzana flameante en las noches lluviosas, las zabullidas sonoras de los hipopótamos; aquella flora prodigiosa, aquellas noches espléndidas, aquella paz infinita, y un pueblo innumerable, vacío, miserable, oprimido, que agita los arcos y las lanzas en señal de saludo y le reclama entre sus cabañas.

En tales momentos se enciende en su corazón todo el juvenil entusiasmo, se siente extranjero en Europa, medita nuevos viajes, y precisamente en el momento actual creo que se

prepara para otas excursiones, porque piensa que no debe cerrar dignamente su vida sino en aquella tierra á la cual ha consagrado la parte más fecunda y más querida de su existencia.

*
* *

Entretanto ha traído á Italia un fajo de manuscritos, que formarían cuatro volúmenes, llenos de observaciones y de noticias preciosas sobre las regiones que ha recorrido, sobre los pueblos, sobre los productos, sobre el comercio; intercalados de innumerables anécdotas agradables y útiles, á las cuales podría añadirse como ilustración muchos dibujos hechos sobre el lugar por un animoso artista veneciano, Damin, que murió de viruela en el Cairo, y regaló aquellos recuerdos á Piaggia pocos momentos antes de morir. Un editor inglés quiso adquirir aquellos manuscritos; Piaggia rehusó, porque deseaba publicarlos en Italia. Mas apenas llegó á la patria, encontró, como era natural... que la cosa no era nada fácil.

La publicación de una obra de esta naturaleza, voluminosa y falta de atractivo en la forma,

no pareció empresa aceptable á editor alguno. Piaggia pensó entonces en que otros redactaran su trabajo. Otros, en mi sentir con razón, le aconsejaron que lo redactara él mismo, porque ninguna elegancia de la lengua podría nunca sustituir la inculta pero original y valiosísima sencillez que él pondría de suyo. Siga uno ú otro partido, los obstáculos para la publicación subsisten. Es el caso ahora de interrogarnos si no sería doloroso para nosotros, cuando un extranjero nos preguntase por qué los manuscritos de Piaggia no se han publicado en Italia, el vernos obligados á responder: — ¡Porque no tiene estilo! — si entre tantas suscriciones, no sería justo promover una para publicar obra de tal género, y procurar una compensación, no grande, pero decorosa al menos, á hombre de semejantes merecimientos; si no sería benemérito de la patria el primer personaje autorizado que quisiera asumir esa misión. Quizá Piaggia se ofenderá de mis recomendaciones, y le pido perdón por haberlas hecho. Mas me arrastra á ello el sentimiento de tristeza y de enojo que experimenté al verle en un cuarto de una fonda, con sus manuscritos debajo del brazo, incierto sobre la manera de obtener fruto de ellos, rodeado por mil dificultades, engañado por vanas promesas, cansado de dar pasos inútiles y totalmente desanimado.

*
* *

Y no pudiendo hacer otra cosa, he escrito estas páginas, por creer que en medio de tantas fortunas hechas con la facilidad de palabra; entre tantas grandezas de poltrona y tantas glorias de salón, sería hermoso presentar esta pobreza gloriosa, de grandes alientos y de grandes sacrificios que no han obtenido premio; este noble italiano, operario, soldado y apóstol, que, aun cuando no hubiese hecho servicio alguno á la ciencia, merece bien de la patria solamente por haberle dado un ejemplo, único más bien que raro, de valor y de constancia. Y quisiera tener gran autoridad para poder decir: Todos los que quedan, ayúdenle; todos los que se le acerquen, hónrenle; y todo padre italiano, citando á sus hijos ejemplos de hombres de carácter y de corazón, acuérdense de Carlos Piaggia, del pobre muchacho de Cantignano, del modesto tapicero de Alejandría, del atrevido explorador de los Niam-Niam, y al presentarlo allá solo—ante su cabaña, sobre la cual ondea la bandera italiana hecha de tres trapos, diga con reverencia:

—He ahí un hombre.

III

LA LECTURA DEL DICCIONARIO

Leí no hace mucho en un escrito dedicado á Teófilo Gautier el siguiente período:

—«Un día, Baudelaire le preguntó:—¿Qué habéis hecho para aprender á escribir de esta manera?—Y Gautier contestó:—He estudiado mucho el *Diccionario*.—Se dice, con efecto, que solía leer el *Diccionario* con gran deleite.»

Leer estas palabras, y notar que caía un velo delante de mis ojos, apareciendo el *Diccionario* como el puñal de Macbeth, en el aire, presentándose su lomo á mi mano para que lo cogiese, fué obra de un momento.

Quiero decir que comprendí de repente, y por la primera vez de mi vida, que leer el *Vocabulario* de la lengua propia, leerlo del principio hasta el fin, releerlo y llenar de notas sus